

El IV Congreso

Mariológico

Internacional

José C. Aycstarán, S. J.

DEL 18 al 25 de marzo pasado tuvieron lugar en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, dos Congresos internacionales: IV Mariológico y XI Mariano. Durante esta semana la atención del pueblo cristiano estuvo especialmente dirigida hacia la hermosa isla del Caribe, por donde la Madre de Dios, históricamente, hizo su entrada en el Continente americano. La afluencia de congresistas extranjeros no estuvo tal vez a la altura de los acontecimientos. Por diversas razones. Desde hace tiempo se venía hablando de la posible venida del Santo Padre. Pero por motivos diversos, y seguramente ajenos a su voluntad, no pudo realizar su proyecto. Sin duda, su presencia hubiera sacudido de emoción a todo el pueblo americano.

En el presente artículo nos fijaremos casi exclusivamente en el Congreso Mariológico. De hecho, fue el de mayor significación. Pero no nos detendremos en detalles anecdóticos. Esto es más propio de la prensa cotidiana. Algunos puntos de la problemática interna merecen nuestra atención.

Organización general del Congreso Mariológico

Como otras veces, el Congreso fue organizado, en su estructura interna, por la Comisión Mariológica Internacional, presidida dignamente por el R. P. Balié, OFM. Los estudios sobre los diferentes problemas mariológicos fueron previamente repartidos entre 78 teólogos y exégetas especialistas de 16

nacionalidades. Francamente, estuvo muy bien representado el pensamiento católico mariano. Como es obvio en estos tiempos de ecumenismo, se extendieron también invitaciones a los hermanos todavía separados. Desgraciadamente, no acudió más que uno, el Dr. G. Künneth, representante autorizado de la Iglesia luterana alemana y especialista en cuestiones mariológicas.

Durante los cuatro primeros días se leyeron los trabajos preparados. Por las mañanas, de ocho a doce, tenían lugar las sesiones plenarias, en las que cinco oradores leían sus ponencias por espacio máximo de 20 minutos y respondían a las preguntas de los asistentes. Por las tardes, de cinco a ocho, funcionaban simultáneamente cuatro sesiones parciales, en cada una de las cuales diversos oradores (en número de cinco a siete) daban lectura a sus trabajos por espacio de 15 minutos, y después se procedía al diálogo.

Por su parte, el Gobierno de la República Dominicana cedió generosamente como sede del Congreso la "Asamblea Nacional del Palacio del Congreso", que realmente proporcionaba todas las comodidades deseables para tal evento. Los servicios de transporte, alojamiento y otros mil detalles estuvieron perfectamente previstos y organizados. Los congresistas no pudieron menos de manifestar claramente su satisfacción.

Finalidad del Congreso

El Congreso estaba orientado, principalmente, a buscar el método de trabajo idóneo en la investigación científica de las verdades mariológicas. Asimismo, como este trabajo requiere la colaboración de teólogos dogmáticos y exégetas, nada tiene de extraño que en el Congreso se pretendiera echar las bases para una mayor colaboración. La Teología, como todas las demás ciencias, se ha visto siempre en la forzosa necesidad de dividir el objeto total de su estudio y dar origen así a los diversos campos de especialización. El teólogo dogmático y el exégeta tienen sus campos definidos y sus propios métodos de investigación científica. Esta parcelación en campos especializados lleva consigo el peligro de que cada rama siga su ruta, prescindiendo, tal vez demasiado,

de los resultados obtenidos por los otros en sus propios sectores, con el inconveniente de no llegar nunca a la síntesis o visión de conjunto. Este divisionismo, históricamente, ha sido una lamentable realidad y causa de mutuas acusaciones e incomprensiones entre dogmáticos y exégetas. No es nada infrecuente, sobre todo en los últimos años, escuchar la acusación de los teólogos dogmáticos de que los exégetas, tal vez demasiado influenciados por las corrientes protestantes, hayan ido adoptando métodos de investigación de la Escritura, que si no conducían claramente a la herejía, por lo menos estaban creando una situación de peligro dentro de la exégesis católica. Por su parte, los exégetas se vienen quejando, no sin razón, de que la teología dogmática ha perdido pie en la base escriturística para perderse en elucubraciones de sabor filológico.

El Congreso se proponía, pues, crear un clima de entendimiento y acabar con las mutuas acusaciones. Se puede afirmar que, de hecho, al menos dentro del aula del Congreso, se llegó a crear un ambiente de gran sinceridad y concordia. La mayoría de los trabajos presentados dedicaba no poco espacio a la justificación de su propio método de investigación. Desde el primer momento se hizo patente otra línea de división entre los congresistas: los conservadores, los seguros, y los progresistas, los arriesgados. Esta división no coincide con la que hemos expuesto arriba, pero no deja de tener interferencias con ella. Esta última división parece hasta insuperable, más aún, tal vez sea hasta necesaria para el progreso equilibrado de la investigación teológica. Es imposible exponer aquí todos los temas tratados en el Congreso. Por eso nos limitaremos a tocar algunos puntos que parecen más esenciales. Hay cuestiones particulares que ponen en movimiento toda la Teología y sus métodos de investigación. Entre éstas se encuentran los dogmas marianos.

Los géneros literarios en la Escritura

Es un punto que se refiere especialmente a la investigación exegetica. Cada escritor tiene su propio estilo y puede expresar su pensamiento en la forma literaria que

le agrade. Puede hacer historia y puede, por el campo de la ficción, crear una novela. Según esto, todos están de acuerdo en que la Escritura es un libro histórico, si bien el concepto de "histórico" tiene sus cambiantes según la mentalidad de los pueblos y tiempos. En consecuencia, cada autor inspirado tiene su propio estilo y puede utilizar uno o diversos géneros literarios. De ahí que nosotros, para saber lo que quiere decir el hagiógrafo, debamos ante todo descubrir el género literario con que expresa su pensamiento. No se puede esperar que los autores, inspirados o no, de hace miles de años, se expresen en nuestro lenguaje. Y éste es el trabajo ciertamente difícil del exégeta moderno. La Iglesia, en su magisterio auténtico, jamás se ha equivocado en la interpretación de las Escrituras. La Iglesia siempre ha poseído la verdad. Pero esta verdad, en su totalidad, no ha sido siempre probada "científicamente" y formulada reflejamente. El exégeta moderno, a diferencia de los antiguos, cuenta con la ayuda de otras muchas ciencias auxiliares (historia, paleontología, paleografía, etc.), que le permiten adentrarse en los tiempos remotos para descubrir el sentido exacto y literal de lo que el hagiógrafo quiso decir. Esta investigación es muy laboriosa y expuesta, quién lo niega, a interpretaciones subjetivas.

Pero es un trabajo que el exégeta moderno, como servicio valioso a la Iglesia, no puede omitir, aun cuando esto le acarree no pocos sinsabores, aun de parte de los "domésticos fidei". Naturalmente, el exégeta moderno debe siempre moverse dentro de la libertad que el Magisterio de la Iglesia le concede. En más de un caso no será fácil determinar los límites de este campo de libertad. Es preciso distinguir entre el sentir de la Iglesia y el sentir de un cierto sector particular, aunque respetable, que, por su posición tal vez más favorecida, pretende ser la encarnación del ideal de fidelidad y seguridad, e identificarse de hecho, de seguro inconscientemente, con el sentir de la Iglesia. Aquí es donde se exige de todos una verdadera comprensión.

Toda esta problemática se hace más palpitante cuando se trata de resolver los problemas referentes a los dogmas marianos. ¿Cómo se demuestra científicamente el fun-

damento escriturístico de los dogmas de la Inmaculada Concepción y Asunción de la Madre de Dios? Los textos son pocos y su explicación exige una metodología científica. No basta ya con la oratoria barata, aunque ésta sea piadosa.

El "sensus plenior" y la Teología Bíblica

Pero no es suficiente determinar, en cada caso particular, el género literario empleado por el autor inspirado y el sentido literal de sus expresiones. Esto es muy importante, y es el primer paso de la investigación moderna exegetica. Pero el autor principal de las Escrituras no es el hagiógrafo, sino Dios mismo. Él se ha servido de los autores humanos secundarios para dejar consignada por escrito la revelación de su mente. Dios se ha servido de muchos autores humanos y sólo a lo largo de muchos siglos ha quedado plenamente consignada en las Escrituras el pensamiento divino. Esta revelación progresiva por parte de Dios constituye el sentido pleno objetivo de la Escritura.

La penetración interpretativa de ese sentido pleno objetivo, es decir el conocimiento subjetivo cada vez mayor por parte de la Iglesia, no pertenecería al plano objetivo del "sensus plenior" de la Escritura. La ciencia especial encargada del estudio de este sentido pleno objetivo de las Escrituras constituiría, según el deseo expresado por muchos autores exégetas, la Teología Bíblica.

Este principio también tiene su plena aplicación en el campo de la Mariología. En el pasado, tal vez se haya exagerado al querer extraer de una sola palabra o texto un conjunto de verdades que solamente se podían descubrir en el horizonte bíblico completo. Hoy se tiende más a seguir el hilo progresivo de la revelación objetiva. ¿Qué duda cabe que, tratándose de dogmas marianos, sólo una visión de conjunto puede descubrir el sentido pleno objetivo querido por Dios y del cual seguramente el autor inspirado no fue consciente!

Escritura y Tradición

La Mariología está afectada por otro problema que agita a toda la Teología: la relación existente entre la Escritura y la Tradición.

Aquí no se puede más que indicar el problema, aunque sea de capital importancia. Si por simplificar limitamos la problemática a la Revelación neotestamentaria, se podría presentar la cuestión de la siguiente manera: ¿está consignada toda la Revelación en los libros neotestamentarios, o existen verdades reveladas que no están contenidas, de ningún modo, en estos libros, sino que han sido transmitidas a la Iglesia por tradición oral?

Para precisar más el problema se debe hacer una distinción previa. Existe una doble tradición oral completamente distinta: la apostólica y la eclesiástica. Antes que los evangelistas consignaran en sus libros la revelación del Nuevo Testamento, fue transmitiéndose ésta por tradición oral y Dios fue completando su revelación hasta el momento de la muerte del último apóstol. En este punto están todos de acuerdo, tanto católicos como protestantes. En este momento la Iglesia se hace depositaria de toda la Revelación y la va transmitiendo por vía oral y escrita, es decir, el magisterio universal de la Iglesia, todo lo que ha recibido en depósito. La tradición que sigue a la muerte del último apóstol es la eclesiástica. Ésta no puede ni aumentar ni disminuir objetivamente el depósito de la Revelación.

Ahora se puede volver a formular la misma pregunta: En el momento de la muerte del último apóstol ¿recibió la Iglesia, además de las verdades reveladas consignadas en los libros neotestamentarios, otras que de ningún modo estuvieran consignadas en ellos? Este fue uno de los puntos más debatidos en el Concilio Vaticano II. Pero no se llegó a una solución definitiva por considerar la situación poco clara e inmadura. En el Congreso se expuso el problema, pero no se llegó a discutirlo. Los protestantes afirman que toda la Revelación se contiene en sola la Escritura. Muchos católicos sostienen la misma sentencia. Pero añaden, contra los protestantes, que la tradición eclesiástica lleva consigo el Magisterio auténtico de la Iglesia, que interpreta infaliblemente las Escrituras. Otros católicos, en cambio, admiten la existencia de verdades reveladas, pero no contenidas de ningún modo en la Escritura.

Todo esto tiene especial aplicación en los dogmas marianos. Por ejemplo, a la acusación protestante de que los dogmas católicos de la Inmaculada y de la Asunción de la Madre de Dios no han sido revelados por no estar contenidos en la Escritura, los católicos del segundo grupo responden que estos dogmas han sido revelados por Dios; pero que nos han sido transmitidos solamente por tradición oral, apostólica y eclesiástica. Al menos ésta ha sido la solución fácil de muchos. El primer grupo de católicos, expuesto arriba, sostiene, en cambio, que estos dogmas, y cualquier otro, están y deben estar consignados en la Escritura aun cuando la ciencia teológica actual no pueda determinar científicamente dónde y cómo.

Sin duda alguna, siguiendo el modo de proceder de la Iglesia, son muy pocos hoy en día los teólogos (si hay alguno) que se conforman con afirmar que estos dos dogmas marianos se contienen sólo en la tradición oral. Todos ven la necesidad de buscar los fundamentos escriturísticos.

Escritura y Magisterio de la Iglesia

Aun admitiendo como más probable la explicación que afirma que en las Escrituras Sagradas se contienen todas las verdades reveladas, su interpretación auténtica y su transmisión incorrupta queda, por misión divina, confiada al Magisterio auténtico de la Iglesia. Pero brevemente se puede decir: si existe una Escritura infalible, ¿para qué se exige la necesidad y el hecho de un Magisterio infalible? Y viceversa: si se afirma un Magisterio que puede proponer infaliblemente las verdades, ¿a qué viene una Escritura infalible? ¿No se destruyen, o al menos se restan, mutuamente? Es indudable que la Escritura y el Magisterio de la Iglesia son dos realidades queridas positivamente por Dios. Pero no basta con afirmar este hecho. Es peligroso quedarse en un mero positivismo. Es necesario buscar una mayor explicación de la relación existente entre ambas realidades, sobre todo hoy cuando se ve que éste es el punto capital del diálogo con los hermanos todavía separados.

No se trata de dos realidades simplemente yuxtapuestas, sino

que se exigen mutuamente. El Magisterio de la Iglesia no puede proponer como reveladas otras verdades que las que le fueron confiadas en el momento de la muerte del último apóstol. Si la Iglesia ha ido definiendo "nuevas" verdades a lo largo de su historia, esto no quiere decir que haya ido recibiendo otras verdades como complemento substancial de la revelación pública, ni tampoco que las especulaciones teológicas hayan sido definidas como artículos de fe. Bajo la asistencia, no inspiración bíblica, del Espíritu Santo la Iglesia va tomando cada día mayor conciencia de sí misma, de su propia naturaleza, y la va formulando en forma explícita. En este proceso de autoexplicación la Iglesia se contempla en su propia conciencia: su Escritura. En la conciencia individual y en una de tipo social, y mucho más tratándose de una realidad socio-individual mística y sobrenatural, es obvio que existan verdades concienaciales poseídas que no siempre ocupan el centro de la conciencia refleja y que requieren un proceso de asimilación subjetiva. Este proceso implica el problema del progreso dogmático que es explicado anteriormente de diversas maneras por los teólogos católicos.

En atención a la repugnancia que los hermanos separados sienten ante las "nuevas definiciones" de la Iglesia Católica, hoy se nota entre los teólogos una marcada tendencia a no multiplicar dichas definiciones. Se prefiere profundizar en las que ya se poseen. Con todo, la cuestión es ver si esta profundización no lleva consigo necesariamente una multiplicación de definiciones. Los nuevos descubrimientos no se hacen solamente avanzando sobre la superficie, sino también perforando en el subsuelo. No hay quien no vea que toda esta problemática se hace presente cuando se trata de los dogmas marianos. La Mariología avanza, como ninguna otra rama de la teología, hacia una mayor explicitación de sus verdades. En este campo es, además, donde se hace más sensible la doble tendencia: la de los que, en honor a la Virgen María, quisieran "fijar" en nuevas definiciones las conquistas teológicas, y la de los que, sobre todo por razones de oportunidad, prefieren no imponer nuevas definiciones.

Mariología y Ecumenismo

Sin duda alguna, el IV Congreso Mariológico no perdió de vista el problema del Ecumenismo. Como era lógico, no se abordó la cuestión directamente, pero los estudios mariológicos fueron tratados en una perspectiva y con un espíritu extraídos de la doctrina del Concilio Vaticano II. Fueron invitados al Congreso eminentes personalidades del campo protestante. Solamente acudió el Dr. G. Künneht, especialista en Mariología, como delegado oficialmente autorizado por la Iglesia luterana de Alemania. La presencia de un solo luterano fue suficiente para que el Congreso, en todo momento, estuviera de guante blanco. Se creía tener una ventana abierta sobre el protestantismo. Y todos se acercaban a esa ventana. Tal vez con cierta obsesión. En todo caso, la Iglesia Católica tenía su corazón abierto y palpitante por el deseo de unidad de todos los cristianos.

Se escucharon con respeto y atención las palabras del Dr. Künneht, quien expuso con plena sinceridad el sentir de su Iglesia luterana. No careció de cierto énfasis su exposición. Ciertamente, no se puede hablar de una doctrina protestante aceptada por todos ellos. Las diferencias son demasiadas y aun demasiado profundas. Sin embargo, la doctrina luterana actual es la que probablemente más se aproxima a la doctrina católica. Ellos admiten por lo menos la virginidad y maternidad de María Santísima. La Concepción Inmaculada y la Asunción corporal son negadas. No se pueden despreciar estas perlas de verdad que poseen los hermanos separados. Es cierto que ellos no tienen toda la verdad revelada, pero poseen muchas verdades que los católicos debemos tomar en consideración. El hecho de que ninguno, individualmente considerado, posea toda la verdad revelada, es una llamada a revisar nuestras actitudes. Esto vale para los protestantes y para los católicos. Nadie es católico por pureza química. Sin duda, los dogmas marianos presentan grandes fricciones entre protestantes y católicos. Y en este proceso de mutuo acercamiento, desde el punto de vista táctico, la Mariología no sea tal la materia que más se preste a acelerar la mutua inteligencia. En cierta ocasión decía Paulo VI que so-

lamente existe una actitud para el triunfo del ecumenismo: la paciencia. No es fácil acabar con prejuicios seculares. Y es más difícil todavía ver los propios errores y, sobre todo, pedir perdón. Francamente, hay que decir que la Iglesia Católica se ha adelantado a las otras Iglesias en este punto. Si existen todavía muchas dificultades, quién sabe si la Madre de Dios y de la Iglesia, con una intervención suya, llegue a adelantar la "hora", como en las bodas de Caná.

XI Congreso Internacional Mariano

A continuación del Congreso Mariológico, el día 22 de marzo por la tarde se tuvo el acto de apertura del XI Congreso Internacional Mariano, presidido por el Emmo. Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago de Chile, Legado Pontificio para dicho Congreso Mariano.

El Emmo. Cardenal Legado quiso subrayar desde un comienzo la continuidad tanto temporal como de contenido de ambos Congresos. El Congreso Mariano estaba concebido a un nivel popular. Con todo, se observó, tanto en las sesiones de estudio sobre el tema general: "La Maternidad universal de María Santísima", como en las ponencias de los oradores, una marcada tendencia a inculcar los aspectos teológicos de la verdadera devoción a María, como si se quisiera insistir en cierta ausencia de contenido doctrinal en la piedad popular a María.

Así se daba cumplimiento al deseo expresado por el Santo Padre en el discurso de despedida a los teólogos y exégetas de Roma: "La dignidad única y excelsa de María Santísima, su función discreta y potente de Mater Ecclesiae, exige de vosotros este feliz consorcio: lo espera el pueblo fiel, que con una clara ilustración debe ser guiado a penetrar el misterio materno de María y a vivificar así las formas de devoción; lo piden los hermanos todavía separados de nosotros que, con su asistencia al Congreso Mariológico, darán ciertamente un testimonio de buena voluntad, que acogemos con la más grande simpatía, con el más profundo respeto."

Esa "función discreta y potente de Mater Ecclesiae" de María ha

quedado magistralmente delineada en el Concilio. Asimismo, el Cardenal Legado, en su discurso de clausura del Congreso Mariológico, disertó sobre el tema: "La Santísima Virgen María en la Constitución De Ecclesia del Concilio Ecueménico Vaticano II". Expuso el Emmo. Prelado, con gran profundidad teológica, el puesto privilegiado que ocupa la Virgen María dentro del Pueblo de Dios.

A la luz de esta doctrina, la devoción a María debe ser impulsada en el pueblo fiel, pero al mismo tiempo debe ser salvaguardada de sentimentalismos que pudieran conducir a actitudes religiosas que fueran incompatibles con la función "discreta y potente" que la Mariología católica enseña sobre la Madre de Dios y de la Iglesia. Tal vez no sea inexacto decir que una de las causas que históricamente están influyendo más en esta corriente de "purificación" de la piedad mariana provenga de las continuas acusaciones de mariolatría que los protestantes hacen a la piedad católica. Debemos tomar en cuenta la verdad que encierran estas acusaciones. Pero, al mismo tiempo, se debe procurar no llegar tal vez al otro extremo de ir mirando la devoción mariana popular con la obsesión malsana de querer insistir en la mediación única de Cristo Nuestro Señor. Hay todavía templos plagados de imágenes y estatuas de María donde es casi imposible percibir el valor del misterio de la Cruz. Pero la nueva ola va arrastrando en sus aguas toda esta imagería de tal forma que, si bien queda clara la idea de la mediación redentora de la Cruz, va enfriando el sentimiento popular de piedad a María. El sentimiento moderno, aun el religioso, no es ciertamente el barroco. Pero el sentimiento no es idea, ni la teología es devoción. Indudablemente, era necesaria una reacción de purificación. Pero también se debe evitar el extremo de secar la piedad popular. Y el sentimiento popular mariano que corre por toda la espina dorsal del continente americano, si bien debe ser sostenido e iluminado por una sólida y segura ciencia teológica, no debe ser tratado como el sentimiento mariano de otros pueblos y naciones, sobre todo de aquellas naciones en las que la piedad protestante hace sentir demasiado su influjo.